pues visten á la europea; pero conservan el traje de tapada con sayas ó basquiñas de la misma hechura y tamaño; pliéganla á lo largo, con pliegues longitudinales y transversales, de el mismo modo que el manto con el cual se tapan perfectamente la cara, descubriendo sólo la órbita del ojo, de manera que al más celoso marido y al más vigilante padre es imposible, cuando no muy difícil, el conocerlas. Adquiere, con este ahuecado vestido, la figura femenina un volumen tal, que no da pie para inferir su arte y venír en conocimiento de la tapada, á menos que la voz, la figura de los brazos ú otras semejantes señales den indicios de la persona.

»Pero al paso que con tan cuidadoso esmero procuran taparse aquellas damas desde la cintura arriba, tienen otro no menor por descubrir los bajos, desde la liga hasta la planta del pié. La más recatada limeña descubre sin escrúpulo la mitad de la caña de sus piernas. Y por muy escandaloso que parezca á nuestras europeas este traje, el uso común de él en todo aquel país acostumbra insensiblemente la vista, y hace al fin que no cause la menor novedad, por extraño y chocante que parezca al principio.....»

Madrid, 18 de Octubre de 1901.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

IV.

CARÁCTER DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA EN AMÉRICA Y EN MÉXICO SEGÚN LOS TEXTOS DE LOS HISTORIADORES PRIMITIVOS, POR GENARO GARCÍA (1).

El título que se estampa en la portada de los libros no siempre anticipa idea del contenido de sus páginas ni revela los propósitos del autor. Á veces es inapropiado el reclamo con que aquél

(1) México. Oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1901. En 8.º mayor, 459 páginas.

excita á la atención del lector, y á veces la extravía distrayéndola, como ocurre en la obra de que me voy á ocupar.

D. Genaro García no se ha propuesto, á lo que me parece, estudiar ni deducir el Carácter de la Conquista Española de América, para ello hubiera tenido que hacer compulsa escrupulosa de cuanto se ha escrito sobre la materia, que no es poco; describir ante todo las regiones conquistadas; de su modo social de ser, de su vida, creencias, costumbres, recursos, gobierno; de cuanto es necesario á su conocimiento, y emprendida igual investigación en la nación conquistadora, tratar de los orígenes del suceso, de cómo se realizó, por quiénes, con qué plan é idea, hasta llegar al resultado que produjo.

Pues bien; de los pueblos americanos nada dice el autor, los supone conocidos y juzgados suficientemente. Del pueblo español extiende, en cambio, tanto la consideración, que la lleva á los tiempos de la dominación romana y la continúa á través de los períodos históricos á fin de mostrar cómo se fué consolidando el carácter de los iberos, y poner en relieve las condiciones de los que pasaron á América en cuerpo.

Trata, pues, de fallar pleito como abogado de una de las partes sin oir los alegatos de la contraria, que á tanto equivale el plan constantemente seguido, de elegir, truncar y coser con hilo de su fábrica—nada fino por cierto—textos de determinados escritores, con exclusión de los que no convienen á su objeto.

Él mismo lo indica: de historias de extranjeros como las de Prescott y Robertson, no hay que fiar; de las que trabajaron autores mexicanos: Bustamante, Riva Palacios, Orozco, Chavero, por ligeros unos, por ofuscados otros, por rutinarios los más, tampoco se puede sacar substancia, y no se diga nada de los de la especie llamada clerical, que no son dignos de mención. Es de advertir que la peor de todas es la del *mentecato* D. Antonio de Solís (páginas 246 y 445).

Historiadores hay muchos; de los que el Sr. García cataloga y pone al final de su libro, puede adquirirse copiosa lección; sin embargo, él está por los primitivos: Oviedo, Martir de Angleria, López Gómara, Díaz del Castillo, Cortés, Herrera, le satisfacen y bastan, por las minucias, las competencias, las cuestiones y aun

los chismes que consignan, que es de lo que se ha complacido en formar caudal.

Dicho queda que los textos aparecen de tal manera compuestos y presentados, que á verlos los que los escribieron, repetirían, seguramente, que en el credo católico puede leerse:

«Poncio Pilatos fué crucificado, muerto y sepultado...»

Mas ha de tenerse en cuenta que modificar tales textos es de todo punto necesario, en opinión del compilador, si ha de rendirse tributo á la verdad, á la justicia y á la memoria ultrajada de los infortunados indígenas, porque la historia de la conquista está groseramente falseada; es serie de panegíricos encomiásticos para los conquistadores y de acerbas diatribas para los vencidos. Aun después de la independencia de aquellos países se han ocultado los documentos, haciendo de la conquista un cuadro engañoso, en el que las figuras de los españoles, aunque un tanto rebajadas, aparecen colosales todavía (páginas 4 á 10).

Insisto en que D. Genaro García no ha tenido intención de estudiar ni deducir el carácter de la conquista española de América; el título equívoco y las generalidades de que se vale, no quitan que sea México, ó la Nueva España, el objetivo de su libro, ni el recuerdo de cosas pasadas, que su pensamiento acaricie las futuras, si no me equivoco. Veamos el modo.

Anticipé que trata del pueblo español desde la dominación romana, y no más atrás, porque le importa la constancia de haber sido sus provincias de las primeras del mundo que abrazaron el cristianismo, verificándolo — dice — con fervor ó exceso, que provocó la persecución de los Emperadores.

Venidos los godos, la intransigencia religiosa se acentuó más y más; el clero infundió el odio inextinguible á cualquiera otra creencia, utilizando las costumbres groseras y la brutalidad de instintos de ese pueblo, dócil instrumento de la ignorancia.

Por un momento cambió completamente el aspecto de la patria al invadirla los moros. Destruída la monarquía gótica, bajo la dominación liberal mahometana, progresó España, iniciándose el período más glorioso de su civilización. Pero aun siendo los árabes caballeros, no trascendió su hidalguía á aquellas gentes. Bajo el cetro de los reyes de Asturias reapareció el espíritu reli-

gioso exagerado, mezcla peregrina de odio ciego y de falsa piedad, hasta aniquilar el progreso alcanzado. El catolicismo desarrolló y exacerbó de manera inaudita la crueldad española y ésta se manifestó con frecuencia, desligada de toda idea ó sentimiento religioso, constituyendo rasgo psicológico peculiar de la raza.

Buena prueba de ello suministra el Cid, que sirviendo á moros y cristianos fué cruelísimo; Alfonso I de Aragón, que no le iba á la zaga, siendo gran católico; el rey Fernando III, cuyo proceder inconcebible con los infieles, sirvió para que la plebe comenzase á mirarle como santo, y para que más tarde le canonizase la Iglesia.

¿Por qué Alfonso X fué aborrecido? Por su mansa condición y el apego á las letras, cualidades ambas abiertamente contrarias al espíritu turbulento y obscurantista de la nación.

Ni Jaime I de Aragón ni Enrique III de Castilla se le asemejaban; sus resoluciones de matanza general de judíos les hicieron populares, como lo fueron los reyes Fernando é Isabel, autores de la expulsión de aquellos trabajadores industriosos, despojados de sus bienes; instauradores de la Inquisición, que, quemando y confiscando, encarnaba en el pensamiento y en la conciencia de las masas.

Carlos V no amenguó en un ápice la fanática crueldad del pueblo: Felipe II, su hijo, la acrecentó, si cabe, acabando de matar el progreso intelectual. «Naturalmente, la falta de cultura, las costumbres groseras y la preponderancia del militarismo, fueron fecundos abonos para que el fanatismo cundiese inficionándolo todo (pág. 33)». La salvaje atrocidad de D. Juan de Austria en la guerra de los moriscos de Granada lo proclama.

Estos precedentes, por los que rápidamente paso, señalan, al parecer del autor, los rasgos principales del carácter nacional. De muy atrás admitía no haber cosa más meritoria ante Dios que el exterminio de infieles; fácil era, por tanto, predecir que el proceder de los conquistadores en América sería despiadado.

Llegada oportunidad de reseñar el descubrimiento, sin dejar el Sr. García su sistema de citas y referencias, lo extrema, incurriendo en deslices que no pueden pasar sin denuncia de falsedad notoria. Sirvan de ejemplo éstos:

«No fué posible encontrar número suficiente de personas que quisieran acompañar á Colón en su viaje. La empresa se habría retardado, pues, indefinidamente, si Fernando é Isabel, por real provisión, no hubiesen animado á todos los criminales á que emigrasen, concediéndoles amplio indulto... El descubrimiento de América quedó encomendado, por tanto, á una turba de facinerosos de la peor especie (páginas 42-43)».

Otras providencias análogas hicieron que afluyesen á las Indias *casi todos los criminales de España* (pág. 43)».

En el número incluye á los eclesiásticos, que adolecían de la depravación moral de los seglares y les excedían en sórdida codicia, móvil general de todos. Prelados, clérigos y frailes si en algo competían era en exprimir á los indios y acaparar riquezas.

Asimismo pone en la lista á los caudillos sin excepción alguna. Cristóbal Colón y su hermano Bartolomé, que no eran españoles, pero que participaban de sus malas cualidades, quizá por ser católicos, iniciaron la conquista en la Isla Española, considerando á los indígenas como animales ó cosas sin valor. Tratáronlos con la más horrible inhumanidad, esclavizándolos, quemándolos, despojándolos de cuanto poseían.

Otro tanto ejecutaron los que seguían sus pasos: Ojeda, La Cosa, Bobadilla, Nicuesa, Ponce de León, Velázquez; iban á buscar oro matando; conquistaban según la usanza española, quemando á los caciques y allanando las provincias (pág. 266). Todos aquellos facinerosos daban grandes pruebas de cristiandad: oían misa, confesaban y comulgaban, tomaban aliento y fuerza en la religión para entregarse desenfrenadamente al despojo y á la carnicería (pág. 273). Hernando de Soto, que no hizo en la Florida más que devastar, dió señales de ardientísimo cristiano (pág. 117). Núñez de Balboa, cruelísimo en la rapiña, descubridor del Mar del Sur merced á los indígenas, por ferviente católico fué reputado en España digno de honor (pág. 124). Después de todo, fácil era á los españoles comprar con el oro que robaban, absoluciones papeles, y purgados con ellas de todos sus anteriores crímenes, quedaban en aptitud para cometerlos de nuevo con entero desahogo (páginas 262-326).

Hernando Cortés merece, naturalmente, privilegiada atención al autor, que rectifica las apreciaciones de los anteriores.

Se ha ponderado tanto su valor, que le parece necesario rebajar bastante y colocarlo en la justa medida. Como los conquistadores todos, en general, tendía en sus relaciones á enaltecer los propios méritos, contándolos á cada paso en lucha con miles y miles de enemigos (pág. 153). En realidad, la conducta de este capitán ruín, avaricioso, criminal, fué repetición fiel de la observada por Atila, *el azote de Dios*, que se vanagloriaba de que la hierba no crecería más donde su caballo había pisado: «entre ambos devastadores del linaje humano había, sin embargo, una diferencia profunda, á saber: que Atila fué un bárbaro del siglo v, y Cortés un letrado del siglo de oro (pág. 172).

Aun hay otra, me parece á mí, no tan pequeña que haya podido escapar á la penetración del Sr. García. Atila invadió á Europa á la cabeza de 500.000 soldados, mientras que á 500 no llegaban los de Cortés al llegar á las playas de un imperio que contaba 16.000.000 de habitantes, y desguazar las naves que los habían conducido para no tener motivo de arrepentimiento. Las cifras son tanto más de notar viendo entre los cabos sueltos del autor, declaración de que el pueblo mexicano había sido siempre heroico y siempre invencible; había fundado el imperio más vasto y floreciente del Nuevo Mundo (pág. 161), é implantado la esplendorosa civilizaeión que los españoles destruyeron (pág. 9).

No se conforma el autor con las narraciones hasta ahora conocidas de la vandálica empresa; la exorna por sí propio, valiéndose, por supuesto, del testimonio de los historiadores primitivos, de los cuales, por rareza, ha transcrito que los habitantes de Cempoala, Totonaca, Tlaxcala, Texcoco y otros pueblos ó regiones más, recibieron á Cortés amistosamente, quejándose de que Motecuhzoma, emperador, que se hacía adorar como dios, les tomaba el oro—dulcifiquemos el verbo—les oprimía, les tiranizaba de forma que no lo podían aguantar.

Lo que omitió el Sr. García es que además les hacía frecuente guerra con objeto de tomar prisioneros para sacrificarlos al ídolo Huitzilopochtli en solemnidad de las fiestas cívicas y palatinas. De uno de los referidos historiadores primitivos, de Andrés de

Tapia, pudo copiar la descripción del famoso Tzompantli, donde había 136.000 calaveras ensartadas, que se reemplazaban, por adorno, y de cualquiera podría repetir las ceremonias de coronación de los emperadores y de dedicación de los templos, en alguna de las cuales se hace subir á 80.000 el número de víctimas humanas sacrificadas. Sólo que en tal caso podría argüirle la razón, que ni la codicia, ni la opresión, ni la crueldad eran privativas de los católicos españoles, toda vez que se manifestaban en la maravillosa civilización mexicana, con una agravante, que por cierto refiere, acaso sin pensarlo.

Decían los méxica á los castellanos durante el sitio de la capital: «Mirá cuan malos y bellacos sois, que aun vuestras carnes son malas para comer, que amargan como las hieles, que no las podemos tragar de amargor (pág. 304)».

Cuestión de costumbre ó de gusto tal vez, que no afectaría *á las raras virtudes de los indios*. El autor anota como observación peregrina que «el pueblo español, abominando sin misericordia ni piedad á los indígenas *porque algunos de ellos* sacrificaban á sus enemigos ante los altares de los dioses, admiraba y santificaba á la vez con exagerado misticismo el sacrificio que Abraham no vaciló en hacer de su propio hijo al Dios de Israel (pág. 7)».

Otros reparos hechos en la relación del sitio de Tenochtitlan, sirven tan bien como el anterior para apreciar el criterio del señor García.

Los mexicanos — va diciendo — luchaban, no contra una sola provincia, sino contra toda la tierra (pág. 261), y hacíanlo en actitud sin ejemplo en la historia, que habría mantenido indefinidamente en su temeroso desaliento á los españoles, si D. Fernando Ixtlitxochitl — el Sr. de Tezcoco — no hubiese dicho al fin á Cortés, advirtiese que tenía vergüenza de lo poco que hacían, y que mirase que los españoles se apocaban, que le parecía que él —Ixtlilxochitl— entraría por aquellas calles, y los españoles detrás (pág. 310).

«Los panegiristas de la conquista aprovechan neciamente el transporte de los bergantines preparados para levantar á Cortés hasta las nubes, entonando en su loor falaces cantos epopéyicos. Aunque convenimos con uno de esos panegiristas — Prescott —

que la empresa era cosa extraordinaria y sin ejemplo en la Historia; reclamamos el honor de la hazaña para los únicos á quienes pertenece, para los tlaxcalteca, que fueron los que dieron todo recaudo de gente para cortar la madera, y con gran diligencia y presteza se hicieron á su costa, y hechos llevaron á Texcoco, á la laguna de México, que hay 18 leguas por tierra, la tablazón y ligazón de ellos los naturales de Tlaxcala á sus cuestas, por montes y sierras y malos caminos (pág. 254)».

Cortés, siempre con gran temor (páginas 284-300), prosiguió el sitio, huyendo de vez en cuando como huyó la Noche triste, en la que varios españoles habían quedado tendidos de miedo y espanto sin herida alguna (pág. 223), no recobrándose los demás en la corrida hasta Tlaxcala, durante la que soñaron con la batalla de Otumba, que sólo existió en la imaginación de los hambrientos y desfallecidos castellanos (pág. 228).

Seguía el cerco, «turbado el aventurero español ante la digna altivez de aquel pueblo que parecía formado de reyes tan sólo (pág. 257).» La heroicidad sin igual era patrimonio común de todos sus hijos sin distinción de edades ni sexos (páginas 296-309); se mantenían estoicamente impávidos cual dioses inconmovibles de la libertad (pág. 320); sucumbían impasibles como divinas estatuas marmóreas que cayeron de sus pedestales; jamás quisieron paz (pág. 321).

Al final, ni aquel cuadro hondamente desgarrador bastaba para despertar algún débil sentimiento de conmiseración en los castellanos que, antes bien, azuzados por su legendaria ferocidad, esperaban el momento del ataque con la misma febril impaciencia que sus perros de presa (pág. 321). La chusma española comparable apenas á una manada de repugnantes lobos, despedazaba sin compasión á la muchedumbre inerme de mujeres y niños que sólo trataba de encontrar hierbas y raíces con qué calmar los enloquecedores martirios del hambre (pág. 313).

Poco interesaba á Cortés y á los suyos conservar el rincón más miserable de México después de haber destruído la ciudad entera; tampoco podían los españoles preocuparse de la suerte de los pocos mexicanos que quedaban en pie, supuesto que ya habían hecho perecer á casi toda la población. Lo único que les impor-

taba era salvar los tesoros fabulosos allegados por el imperio mexicano durante siglos; si los castellanos inmigraban en América, debíase á una inextinguible sed de oro; los que acá llegaron, jamás tuvieron otro fin que enriquecerse; de allí, pues, que Cortés entablara nuevas negociaciones de paz (pág. 319).

Hasta aquí, las muestras. Quizá pequen de excesivas, mas no habiéndome propuesto discutir las opiniones del autor ni examinar siquiera si se acomodan con la veracidad y la justicia, cual pretende, preciso era alargarlas para noticia somera del libro, y todavía sería incompleta omitiendo que en la investigación de ocurrencias de la conquista ha encontrado el Sr. García un español digno de elogio; un español excepcional, excelso, irreprochable, sublime; el R. P. Fr. Bartolomé de las Casas (págs. 4-7). Su entusiasmo por este abogado de los indios llega al punto de desautorizar á los escritores mexicanos que, de acuerdo y conformidad, ensalzaron como inmaculado también y modelo de virtudes á otro monje misionero, á Fr. Toribio de Benavente ó Motolinia, porque fué—dice—(pág. 379), el émulo más procaz que tuvo el varón impecable: osó llamarle vago, bullicioso y falto de sosiego, embustero y torcido, prodigando en cambio alabanzas serviles á los conquistadores, pues fué el propio Motolinia quien afirmó que ninguno como Cortés amó y defendió á los indios en este Mundo Nuevo (pág. 382).

Verdad es que algunos de los escritores aludidos, aunque mexicanos, adolecían del defecto capital que encuentra en el nuestro, D. Marcelino Menéndez y Pelayo; sometían sus obras á la censura de la autoridad eclesiástica (pág. 434).

Tengo para mí que la estimación del obispo de Chiapa ha sido inspirada al Sr. García más que por la doctrina ó el proceder, por la lectura de la *Brevísima relación de la destruición de las Indias,* libro tan conforme con el suyo, y fundo la creencia en la observación de que, fuera de aquellas páginas, deja de parecerle infalible el Padre dominicano.

Por ejemplo; estampó éste en su *Historia de las Indias*, trabajo muy distinto, que el Comendador Nicolás de Ovando era varón prudentísimo, amigo de justicia, honestísimo en su persona, de codicia y avaricia muy grande enemigo... El Sr. García le rectifi-

ca y enmienda. Ovando fué monstruosamente cruel, inhumano, felón, asesino (páginas 102-104): uno de tantos.

Podría manifestarse extrañeza de que en tarea de la índole de la presente se haga abstracción de datos conocidísimos y de elocuente significación, ya en el período colonial, ya en los posteriores á la independencia, durante los que los Estados de Texas, Nuevo México y California, cambiaron de régimen: la suerte de la población en ellos no es indiferente al juicio; no es para callar tampoco que en pleno siglo XX, sin traspasar los límites del golfo mexicano, se queman hombres vivos por otros que ni son españoles, ni tienen Inquisición, ni gastan escapularios: no es sobrada ninguna de tales noticias cuando de buena fe se investiga, como lo ha hecho un catedrático de historia en México, que no es, por cierto, de los chapados á la antigua, asentando (1):

«Algunas veces, en medio de la exaltación de los partidos, ha llegado á suponerse nociva para la nación mexicana el haber sido descubierta y conquistada por España; pero prescindiendo de lo inútil de tal cuestión, España dió á México lo que ella misma tenía, y satisfizo á las mayores exigencias aun bajo el aspecto de la vanidad, pues aquella nación era la más poderosa del siglo XVI. Las afinidades y simpatías de raza hicieron que se verificara en parte entre la española y la mexicana una verdadera fusión, de lo que resultó que no se destruyera la última, como ha sucedido en otras colonias.»

Pero, al principiar, lo he manifestado; D. Genaro García ha ofrecido al público una obra con título falaz; obra preconcebida en difamación de España que es al mismo tiempo despertador del odio de castas latente y que sólo espera oportunidades para revelarse, como en 1799 la del complot de Pedro de la Portilla, fraguado á fin de lanzar del país á los *gachupines;* en 1802, el

(1) Compendio de la historia de México desde los primeros tiempos hasta la caída del segundo imperio, escrito para uso de los colegios de instrucción superior de la República, por el Licenciado Luís Pérez Verdía, antiguo profesor de Historia y Cronología en el Liceo de Varones de Jalisco, Catedrático de Derecho internacional en la Escuela de Jurisprudencia, representante de aquel Estado en los Congresos nacionales de Instrucción pública, etc. Segunda edición. París, librería española de Garnier hermanos, 1892.

sueño del indio Mariano de restablecer la monarquía de Motecuhzoma; en 1823, la profanación del sepulcro de Hernan Cortés con intento de aventar sus cenizas; posteriormente, con motivo de la erección de estatua á Cuanhtemoctzin, según el Sr. García, ejemplar de lòs más grandes capitanes; dechado de los reyes más eximios (páginas 329-330), y entre todas la elevación de D. Benito Juárez y García, presidente de la República, indio puro, de buenas entrañas.

Es evidente que con tales miras, mejor que recordar como escritores indígenas notables, á raíz de la conquista misma, á don Fernando de Alva Ixtlilxochitl, á D. Fernando Alvarado Tezozomoc, á D. Domingo Francisco Chimalpahin, es de efecto declamar que (pág. 398): «faltos los naturales de solaces y descansos que dilataran su comprimido ánimo; escasos de recuerdos que les consolaran en las tristes horas de su existencia; sin abrigar esperanza de dicha ni de alivio; despreciados siempre; impotentes aun para quejarse; condenados á eterna opresión mortal...» todas estas causas hicieron que las razas indígenas de América no sólo perdieran una á una las infinitas cualidades que con sobrados bríos lucieron gloriosamente en sus días de libertad, sino que degenerasen con inconcebible rapidez, y al fin cayeron en el lastimoso estado en que todavía las miramos al fenecer el siglo XIX.

«Empero, esas razas infortunadas, rescatadas ya de la servidumbre y colocadas de nuevo en medio propicio, volverán á manifestarse prósperas y pujantes, luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación física, intelectual y moral; sus facultades, aunque profundamente adormecidas, no han podido morir, y antes bien son susceptibles de alcanzar pronto y vigoroso desarrollo. México debe sus más preciadas instituciones, las que dieron origen y sér á su actual progreso, á un miembro de esas mismas razas, al imperecedero y ya nombrado D. Benito Juárez, que, con inteligencia superior y energía nunca quebrantada, extirpó de nuestro suelo el obscurantismo pernicioso hondamente arraigado á la sombra secular de la dominación española.»

Si á esta aseveración, si al cúmulo de lugares comunes anti-

cuados que repite el autor, hubiera de responderse, lo haría cumplidamente la aplicación de reflexiones del catedrático D. Juan Ortega Rubio, al ocuparse de los parecidos juicios de M. Pelletan (1), en estos términos (2) indicadores de que ni aun originalidad hay en las páginas del Sr. García:

«La obra de España, escriben los historiadores extranjeros, lo mismo en el descubrimiento del Nuevo Mundo que en las Conquistas de Méjico y el Perú, es de destrucción y su camino está señalado con el pillaje, el saqueo y la muerte. En aquellas regiones apartadas, añaden, los conquistadores exterminaron á los vencidos, derramaron á torrentes la sangre de los indígenas y les redujeron á la esclavitud, fraguaron tiránicas reacciones, levantaron por todas partes montones de ruinas, y todo á sabiendas, premeditadamente, y con conciencia del mal que ejecutaban.

»España, dice un moderno publicista, pone la primera el pie en América; pero aquella nación devota, no sabe ya pensar ni trabajar, no sabe más que asolar, destruir y rezar su rosario: mata, saquea, pasea la cruz y la hoguera á través de Méjico, y deja allí, para bienvenida, la Inquisición y la esclavitud.»

«Por ventura, preguntamos nosotros, ¿las naciones más cultas y más adelantadas de Europa, han obrado con sus conquistas y guerras, con más humanidad que los españoles? ¿Qué conducta observaron los rusos en Polonia, los ingleses en la India y los franceses en Argel? Se comprende que en el siglo XVI, siglo de violencias, desórdenes y guerras, época de odios, de intolerancia, de fanatismo y de persecuciones; en aquellos tiempos de lucha sangrienta entre católicos y protestantes, luteranos y calvinistas, episcopales y puritanos, arminianos y gomaristas, los españoles se mostrasen duros, y hasta si se quiere crueles, con otros hombres de diferente raza, de inferior cultura y de absurdas creencias religiosas; pero en el siglo XVIII, cuando se vislumbraba una era de paz y de ventura, acuchillar en una aldea de Polonia 1.000 hombres mujeres y niños, y saquear sistemática y tiránicamente la

(1) Pelletan, *Profesión de fe del siglo* XIV. Madrid, 1867.

(2) *Vida y hechos de D. Pedro de la Gasca. (Revista Contemporánea.)* Tomo CXXIII, cuad. III, núm. 617.

India, como lo hizo el Gobierno inglés de Bengala, y en el siglo XIX, en que las ideas de la libertad, justicia, igualdad y fraternidad habían penetrado lo mismo en la cabaña del pastor que en el palacio del rey, lo mismo en la miserable aldea que en la suntuosa ciudad, es incomprensible la guerra de exterminio y la conquista á sangre y fuego como en Argel.

»Lo que España hizo en América lo hubieran realizado todos los pueblos de Europa, en igual caso y en idénticas circunstancias.

»M. Pelletan hubiera debido recordar que en pleno siglo XIX, para el intento de someter nuestra España al yugo de Napoleón, el ejército francés cometió atrocidades, á las cuales, supuesta la diferencia de costumbres, tal vez no lleguen la de los rudos españoles del tiempo de Carlos V, y es sabido que Murat y los otros mariscales del Emperador ni rezaban el rosario, ni eran dirigidos por la Inquisición. El cortesísimo Cortés, como le llamó Cervantes, consiguió por medio de una política tolerante y expansiva, que los habitantes de Tlascala le ayudaran en la heroica y memorable empresa: ¿tendrá M. Pelletan noticia de alguna provincia española que hiciera otro tanto en favor de José Bonaparte?»

Madrid, 1.º de Octubre de 1901.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

V.

INSCRIPCIÓN ÁRABE DEL MUSEO DE ÉVORA.

Designado por nuestro digno Director para informar á la Academia acerca del contenido de una inscripción árabe existente en el Museo de Évora, de la cual han sido remitidos calcos por el Sr. D. Antonio Francisco Barata, conservador de aquel Museo arqueológico, anejo á la Biblioteca de su cargo, he procedido á